

# ARMINIANISMO: EL ÍDOLO DE ORO DEL LIBRE ALBEDRÍO

AUGUSTUS TOPLADY



bēmatos

POR FE Y PARA FE



# ARMINIANISMO: EL ÍDOLO DE ORO DEL LIBRE ALBEDRÍO

*de Augustus Toplady*

*Por fe y para fe*

## **ARMINIANISMO: EL ÍDOLO DE ORO DEL LIBRE ALBEDRÍO**

Título original en inglés: 'Arminianism: the golden idol of freewill'.

Tomado de: [www.tracts.ukgo.com](http://www.tracts.ukgo.com)

Por fe y para fe (Editorial)

Persistiendo en la Verdad aprendida en la Escritura

[www.porfeyparafe.wordpress.com](http://www.porfeyparafe.wordpress.com) | [porfeparafe@gmail.com](mailto:porfeparafe@gmail.com)

© Manuela Zapata Gutiérrez, por la traducción.

Revisión y edición: Ánderson Cardona Bonilla.

Imagen usada en la portada por: ©Mammiya

<https://pixabay.com/es/users/mammiya>

*Las citas bíblicas han sido tomadas de dos versiones principalmente, excepto cuando se indica otra. Respecto del Antiguo Testamento, hemos usado La Biblia de las Américas (LBLA) © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. En lo tocante al Nuevo Testamento, hemos utilizado la Reina-Valera SBT (RV-SBT) © 2015 por la Sociedad Bíblica Trinitaria.*

Segunda edición, Colombia, 2020

*Este material puede ser usado, reproducido y distribuido, sin autorización distinta a esta, para la edificación del Cuerpo de Cristo y la salvación de los perdidos, desde que no sea alterado su contenido en parte o en su totalidad, y siempre y cuando se mencione, en respeto cristiano al trabajo del otro consagrado en la Escritura (Éx. 20:15; Ro. 2:21; 13:7; 1 Ts. 4:6), su procedencia.*

**Prohibimos totalmente su venta.**



Por fe y para fe

Proyecto editorial



---

# ARMINIANISMO: EL ÍDOLO DE ORO DEL LIBRE ALBEDRÍO

---

*Augustus Toplady*





# **Arminianismo:**

## *El ídolo de oro del libre albedrío*

**“No a nosotros, Señor, no a nosotros,  
sino a Tu Nombre da gloria,  
por Tu misericordia, por Tu fidelidad”.**

— Salmo 115:1

ALGUNOS expositores han supuesto que este Salmo fue escrito por el profeta Daniel, con ocasión de la milagrosa liberación de Sadrac, Mesac y Abed-nego cuando salieron ilesos del horno de fuego ardiente, en el que habían sido arrojados por orden del rey Nabucodonosor.

Y, de hecho, no faltan pasajes en el mismo Salmo que parecen apoyar esta conjetura. Como leemos en el cuarto versículo (hablando de los ídolos de los paganos y, quizás, con particular referencia a la imagen de oro que Nabucodonosor mandó a que se adorara), sus ídolos son plata y oro, obra de manos de hombres: tienen bocas, pero no hablan; tienen ojos, pero no ven.

Me atrevo a decir que, en un auditorio como este, un número de arminianos *está* presente. Me temo que en todas nuestras asambleas públicas hay demasiados de ellos. Quizás estas personas, sin embargo, idólatras como son, incluso pueden ser propensas a culpar, desde luego con justicia, la absurdidad de quienes adoran ídolos de plata y oro, obra de manos de hombres. Pero déjenme preguntar: si es tan absurdo adorar la obra de las manos de otros hombres, ¿cuánto más absurdo debe ser adorar las obras de nuestras propias manos? Quizás ustedes se digan: «Dios no permita que lo hagamos». Sin embargo, déjenme decirles que la confianza, la seguridad, la fiabilidad y la dependencia para la salvación, son todos actos muy solemnes de adoración Divina: y de todo lo que dependan, ya sea en su totalidad o en parte, para su aceptación con Dios y para su justificación ante Sus ojos; en todo lo que se apoyen y en lo que confíen para obtener la gracia o la gloria; si no hay nada excepto Dios en Cristo, ustedes son idólatras desde todos los puntos de vista.

Muy diferente es la idea que nos da la Escritura del Dios siempre bendito, a la de esos dioses falsos adorados por los paganos, y a esa degradante representación del Dios verdadero que el arminianismo impondría a la humanidad. “*Nuestro Dios* [dice este salmo, versículo tercero] *está en los cielos; Él hace lo que le place*”. Esta no es la idea arminiana de Dios: porque nuestros partidarios del libre albedrío y traficantes del azar nos dicen que Dios no hace lo que le place, que hay un gran número de

cosas que Dios desea hacer, y se esfuerza y lucha por hacer y, sin embargo, no puede llevar a cabo. Nos dicen, como alguno lo expresa ingeniosamente:

«Que a toda la humanidad le gustaría salvar,  
Pero anhela lo que no puede tener.  
Laborioso, de tal forma que Su fama se extiende;  
Un Dios decepcionado y cambiante».

¡¿Cómo concuerda esto con esa majestuosa descripción, “*nuestro Dios está en los cielos*”?! Él se sienta en el Trono, considerando y dispensando los destinos de los hombres, sosteniendo todos los eventos en Su propia mano y guiando cada eslabón de cada cadena de las causas secundarias, desde el principio hasta el fin de los tiempos. Nuestro Dios está en el cielo, poseyendo todo poder, y (lo cual es la consecuencia natural de eso) ha hecho todo lo que le ha placido: o como lo expresa el apóstol (las palabras son diferentes, pero el sentido es el mismo): “*hace todas las cosas según el consejo de Su voluntad*”<sup>1</sup> (Efesios 1:11).

Así es, pues, que a la vez trabajamos y sufrimos oprobio: incluso porque decimos (y lo máximo que podemos decir sobre el tema no equivale a nada más que esto: a saber, que) nuestro Dios está en los cielos y ha hecho todo lo que le ha agradado. Y sea según Su voluntad soberana hasta el final de los tiempos,

---

<sup>1</sup> (Nota del Traductor, N. del T.) El versículo completo en la versión RV-SBT dice: “En Él, digo, en quien asimismo recibimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el consejo de Su voluntad”.

aunque todos los arminianos sobre la tierra se esfuercen por derrotar la intención Divina y obstruir las ruedas del gobierno de Dios. Él, que está sentado en el cielo, se ríe de ellos con desprecio: y hace que Sus propios propósitos se cumplan, a veces, incluso por medio de esos mismos incidentes que los hombres malvados tratan de poner en Su camino con la loca intención de desilusionarlo de Sus propósitos. “*Todas las cosas*”, dice el salmista, “*te sirven*” (Salmo 119:91). Todas ellas tienen una tendencia directa, ya sea efectiva o permisivamente, a llevar a cabo Sus inalterables designios de providencia y gracia. Observen: efectiva o permisivamente. Porque nunca decimos, ni pretendemos decir, que Dios es el obrador del mal: sólo sostenemos que, por razones desconocidas para nosotros, pero bien conocidas por Dios, Él es el permitidor eficaz (no el agente, sino el permitidor) de todo lo que sucede. Pero cuando hablamos del bien, ampliamos el término y afirmamos, con el salmista, que todo el favor que se hace sobre la tierra, lo hace Dios mismo<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> (Nota del Editor, N. del E.) Creemos que lo que Toplady pretende expresar es que Dios, si bien es la Causa Primera de todas las cosas (*quien permite por decreto*), no lleva a cabo acciones pecaminosas (*no es el agente o causa instrumental del pecado*). El viejo ejemplo del naranjo siempre ilustrará útilmente este asunto: el naranjo es el que produce naranjas, según su propia naturaleza, no el Dios que estableció y decretó que tal cosa sucedería. Asimismo, Toplady está exponiendo que la relación que Dios tiene con el mal no es proporcionalmente similar a la que tiene con el bien. Él es bienhechor, dice el Salmo 119:68, pero no se dice en ningún lugar que sea ‘malhechor’. Por tanto, la relación de Dios con el pecado no es igual a la que tiene con el bien, la pureza y la santidad. El pecado lo decretó para Sus propios fines gloriosos (relación de decreto, no de obra); el bien no solamente lo decretó, sino que Él lleva efectivamente a cabo (relación de decreto y obra). El hombre peca sin Dios (en cuanto a obra, no a decreto), pero no puede ser regenerado sin Él (tanto en decreto como en obra).

Recuerdo un dicho del gran Monsieur du Moulin, en su admirable libro titulado *Anatome Arminianismo*<sup>3</sup>. Su observación es que los impíos, no menos que los elegidos, cumplen los sabios, santos y justos decretos de Dios, pero, dice él, con esta diferencia: el propio pueblo de Dios, después de su conversión, se esfuerza por cumplir Su voluntad desde un principio de amor, mientras que los que están abandonados a la perversidad de su propio corazón (que es toda la reprobación con la que luchamos), no se preocupan por Dios, ni Dios está en ninguno de sus pensamientos; estas personas se asemejan a hombres remando en un bote que, retrocediendo, se dirigen hacia el mismo lugar al que dan la espalda. Le dan la espalda al decreto de Dios y, sin embargo, llegan a ese mismo punto, sin saberlo.

Una gran pugna entre la religión de Arminio y la religión de Jesucristo es: ¿quién tendrá derecho a recibir la alabanza y gloria por la salvación de un pecador? La conversión resuelve este punto enseguida, porque creo que, sin ninguna atribución de exageración, puedo aventurarme a decir que toda persona verdaderamente despierta, al menos cuando esté bajo el resplandor del rostro de Dios sobre su

<sup>3</sup> (N. del T.) Pierre du Moulin (1568 - 1658) fue un ministro hugonote francés. *Hugonotes* es el antiguo nombre otorgado a los protestantes franceses de doctrina calvinista durante las guerras de la religión (1562 - 1598). El título de la obra referida por el autor, *Anatome Arminianismi*, puede ser traducido al español (con base en su traducción al inglés) como ‘*La anatomía del arminianismo: o la apertura de las controversias recientemente tratadas en los Países Bajos sobre la doctrina de la providencia, de la predestinación, de la muerte de Cristo, de la naturaleza y la gracia*

alma, caerá de rodillas con este himno de alabanza ascendiendo de su corazón: «no a mí, Señor, no a mí, sino a Tu Nombre da gloria; soy salvo, no por mi justicia, sino por Tu misericordia, por Tu fidelidad».

Y esto es cierto incluso en cuanto a las bendiciones de la vida actual. Es Dios quien ensalza a uno y humilla al otro (ver Salmo 75:7). La victoria, por ejemplo, cuando los príncipes combatientes hacen la guerra, es toda de Dios. *“No es de los ligeros la carrera, ni de los valientes la batalla”* (Eclesiastés 9:11), como tal. Es el decreto, la voluntad, el poder, la providencia de Dios, lo que eficazmente, aunque a veces de manera invisible, ordena y dispone cada evento.

En la famosa batalla de Azincourt<sup>4</sup>, en Francia, donde, si no me equivoco, 80.000 franceses fueron totalmente derrotados por unos 9.000 ingleses, bajo el mando de nuestro inmortal rey Enrique V, después que terminó el gran asunto del día, y Dios había dado la victoria a ese renombrado príncipe, él ordenó que el Salmo anterior (es decir, el 114), y parte de este Salmo de donde les he leído el pasaje que ahora estamos considerando, se entonaran en el campo de batalla: a modo de reconocimiento de que todo el éxito y todas

---

<sup>4</sup> (N. del T.) La batalla de Azincourt fue una inesperada victoria que las fuerzas inglesas lograron sobre las tropas francesas en el otoño de 1415 en esta población del norte de Francia. Esto sucedió en el transcurso de la guerra de los Cien Años, un conflicto de raíz feudal. Superados ampliamente en número, los soldados de Enrique V de Inglaterra pretendían restaurar los derechos de su rey sobre los territorios que su corona poseía en Francia. Las estimaciones modernas indican que el ejército inglés contaba con entre 6.000 y 9.000 hombres, mientras que el ejército francés contaba con entre 12.000 y 36.000 soldados.

las bendiciones, de cualquier tipo, descienden del Padre de las luces. Algunos de nuestros historiadores nos dan a conocer que, cuando los ingleses vencedores llegaron a esas palabras que he tomado por mi texto, todo el ejército victorioso cayó de rodillas, como un solo hombre, en el campo de la conquista; y gritó, con un solo corazón y con una sola voz: “No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a Tu Nombre da gloria, por Tu misericordia, por Tu fidelidad”.

Y así será cuando Dios haya alcanzado el número de Sus elegidos y estén completamente reunidos en la plenitud de Su Reino redimido. ¿Cuál creen ustedes que será su canción cuando vayan al cielo? ¿«Bendito sea Dios que me dio el libre albedrío, y bendito sea mi querido propio ser que hizo un buen uso de él»? Oh no, no. Una canción como esa no se ha escuchado en el cielo todavía ni se escuchará nunca, mientras Dios sea Dios y el cielo sea el cielo. Miren en el libro del Apocalipsis y allí encontrarán el oficio de los bienaventurados, y los compases a los que cantan. Arrojaron sus coronas delante del Trono, diciendo:

*“Digno eres (...) porque Tú fuiste inmolado, y nos has redimido con Tu sangre para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación”*  
(Apocalipsis 5:9).

¡Esta es, para ustedes, gracia que discrimina! “*Nos has redimido... de todo linaje*”, etc., es decir, de entre el resto de la humanidad. ¿No es esta una elección particular y una redención limitada?

La Iglesia en la tierra puede ser propensa a equivocarse: y si alguna iglesia visible sobre la tierra pretende ser infalible, la misma pretensión demuestra que no lo es. Pero hay una Iglesia que me atreveré a declarar infalible. ¿Y qué Iglesia es esa? La Iglesia de los glorificados que brillan como estrellas a la diestra de Dios. Y, sobre el infalible testimonio de esa infalible Iglesia, un testimonio registrado en las infalibles páginas de inspiración, me atreveré a afirmar que ni una pizca de arminianismo acompañó a un santo al cielo. Si aquellos del pueblo de Dios que están enlazados a esa iniquidad no se convierten explícitamente de ella mientras viven y conversan entre los hombres, aun así, dejarán todo esto detrás de ellos en el Jordán (es decir, en el río de la muerte) cuando pasen por él<sup>5</sup>. Se les puede comparar con Pablo, cuando fue de Jerusalén a Damasco, y la gracia de Dios lo hirió: cayó, un partidario del libre albedrío; pero se levantó, un hombre liberado por la gracia. De modo que, no obstante la corrosión del orgullo moralista, pues esa corrosión puede adherirse a nosotros en el presente (y esta es una corrosión maldita; que el Espíritu de Dios la limpie de todas nuestras almas), cuando lleguemos a estar delante del Trono, y ante el Cordero, todo eso se acabará, y

---

<sup>5</sup> (N. del E.) Nótese la particular manera en que el predicador expresa esto. Él admite que hay cristianos que profesan el arminianismo ('enlazados a esa iniquidad'), pero en vez de tolerar una doctrina que nada tiene que ver con el verdadero cristianismo, al tiempo proclama que estos entenderán las cosas como deberían cuando Dios les glorifique, si es el caso de que tal cosa no suceda mientras vive en esta tierra. Valga añadir que, aunque esto es una posibilidad, no es una regla: y todo hermano arminiano debería reevaluar sus creencias a fin de que, cuanto antes, venga a un conocimiento más preciso de la verdad. Esperar hasta la gloria no es el mandamiento.

cantaremos, en un coro completo, eterno, con ángeles elegidos y hombres elegidos, “no a nosotros, Señor, no a nosotros”.

¿Y por qué no deberíamos cantar esa canción ahora? ¿Por qué no deberíamos esforzarnos, bajo la influencia del Espíritu, por anticiparnos al lenguaje de los cielos y ser tan celestiales como podamos, antes de llegar al cielo? ¿Por qué deberíamos condenar esa canción en la tierra, la cual esperamos cantar para siempre delante del trono de Dios? Es, para mí, realmente asombroso que los protestantes y los hombres de la Iglesia de Inglaterra, considerados simplemente como criaturas racionales y como personas de sentido común, que profesan estar familiarizados con las Escrituras y reconocer el poder de Dios, tengan cualquier objeción a cantar esta canción: “No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a Tu Nombre da gloria, por Tu misericordia, por Tu fidelidad”.

Aún más extraordinario y deplorable es que algunos que incluso hacen profesión de religión espiritual y hablan de una obra interior de Dios en sus corazones, pierdan de vista la humildad y la verdad hasta el punto de soñar, ya sea que su propio brazo ayudó al Todopoderoso a salvarlos, o al menos que su propio brazo pudo haberle impedido salvarlos. ¿Qué puede reflejar una deshonra más profunda hacia Dios que tal idea? ¿Y qué puede tener una tendencia más directa a engendrar y alimentar el orgullo del corazón que engaña a los hombres?

A Dios le agració librarme de la trampa arminiana antes de cumplir los dieciocho años. Con anterioridad a ese período no había (con la más baja autohumillación, lo confieso) un libre albedrío más altivo y violento dentro del perímetro de los cuatro puntos cardinales. Un ejemplo de mi afán cálido y amargo viene ahora a mi memoria. Aproximadamente doce meses antes que la bondad Divina me diera ojos para discernir y un corazón para abrazar la verdad, estaba debatiendo un día, con un grupo (porque me consideraba capaz de hacer frente a todos los defensores de la doctrina de la predestinación en el mundo), sobre la universalidad de la gracia y los poderes del libre albedrío humano. Un buen caballero (que está ahora con Dios) se levantó de su silla y, acercándose a la mía, me sujetó por uno de los botones de mi abrigo, mientras me hablaba amablemente respecto a ello:

«Mi querido señor, hay algunas señales de espiritualidad en su conversación, aunque teñidas con una mezcla desdichada de orgullo y justicia propia. Usted ha estado hablando, en gran medida, a favor del libre albedrío, pero, a partir de sus argumentos, permítame comprobar algo. Déjeme hacerle una pregunta. ¿Estaba usted ahí cuando el Señor lo asíó en un llamamiento eficaz? ¿Tuvo usted algo que ver para obtener esa gracia? No. ¿No se habría usted resistido y desviado si el Espíritu de Dios lo hubiera dejado en la mano de su propio consejo?».

Sentí la rotundidad de estas simples, pero contundentes preguntas, con más fuerza de lo que estaba dispuesto a admitir. Pero, bendito sea Dios, desde entonces he podido reconocer la libertad y la omnipotencia de Su gracia, innumerables veces; y cantar (lo que confío será mi canción eterna cuando el tiempo no sea más<sup>6</sup>): «No a mí, oh Señor, no a mí, sino a Tu Nombre da toda la gloria».

Nunca tenemos tanto conocimiento del cielo en nuestras propias almas, ni nos colocamos tan alto en el monte de la comunión con Dios, como cuando Su Espíritu, que sopla sobre nuestro corazón, nos hace humillarnos a los pies de la gracia soberana y nos inspira con este clamor: «Oh Dios, sea mío el consuelo de la salvación, pero Tuya sea toda su alabanza».

Apliquemos brevemente la regla y la brújula de la Palabra de Dios a las diversas partes de las que se compone la salvación, y pronto nos daremos cuenta que toda la edificación está hecha de gracia, y sólo de gracia. ¿Preguntan en qué sentido tomo aquí la palabra ‘gracia’? Me refiero, por ese importante término, a la generosidad voluntaria, soberana y gratuita de Dios; absolutamente incondicionada por, y completamente independiente de todas y cada una de las sombras de la dignidad humana, ya sean antecedentes, concomitantes o subsecuentes. Esta es, precisamente, la idea bíblica de la gracia: a saber, que ella (es decir, la

---

<sup>6</sup> (N. del E.) Como seres humanos siempre estaremos sujetos al tiempo y al espacio. Esta es una forma un poco extraña de hacer alusión a los siglos eternos tras el Juicio.

salvación en todas sus ramas) “*no es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia*” (Romanos 9:16). Y así es que la gracia reina, para vida eterna de los pecadores, mediante la justicia de Jesucristo, Señor nuestro (ver Romanos 5:21).

**1.** Al sondear esta verdad trascendental, comencemos donde Dios mismo comenzó: es decir, con **la elección**. ¿Con quién estamos en deuda, ante todo, por las bendiciones espirituales? El orgullo dice: ‘conmigo’. La justicia propia dice: ‘conmigo’. La voluntad no convertida del hombre dice: ‘conmigo’. Pero la fe se une a la Palabra de Dios al decir: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino que a Tu Nombre se atribuya toda la gloria de Tu amor electivo: no nos elegiste, suponiendo que te elegiríamos primero, sino que a través de la operación victoriosa de Tu poderoso Espíritu te elegimos para nuestra porción y como nuestro Dios, como consecuencia de que nos hayas elegido primero y libremente para ser Tu pueblo».

Escuchen el testimonio de ese apóstol que recibió los perfeccionamientos de su educación espiritual en el tercer cielo:

“*Así también, aún en este tiempo ha quedado un remanente según la elección de gracia. Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si [esto es, si la elección es] por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra*” (Romanos 11:5-6).

Examinemos este razonamiento, y lo encontraremos invencible. Hay ‘*un remanente*’, es decir, algunos de la humanidad caída, que serán salvos eternamente por medio de Cristo. Este remanente es ‘*según la elección*’. La propia voluntad y elección de Dios son la regla determinada por la cual se mide y se cuenta al remanente salvo. Esta elección es una ‘*elección de gracia*’, o un acto libre, soberano e inmerecido por parte de Dios. El apóstol no dejaría de lado la palabra ‘gracia’, para que la gente no se imaginara que Dios los eligió por algo que vio en ellos por encima de los demás.

«Bueno, pero...» (tal vez algunos digan) «...admitiendo que la elección es por gracia, ¿no podrían nuestras buenas obras previstas tener algo que ver con el asunto? ¿No podría Dios tener una pequeña consideración por nuestro buen comportamiento futuro?». No, responde el apóstol, ninguna en absoluto. Si la elección es por ‘*gracia*’, es decir, de mera misericordia y amor soberano, entonces ya no se trata de ‘*obras*’, ya sea directa o indirectamente, total o parcialmente; “*de otra manera la gracia ya no es gracia*”. ¿Podría alguna cosa humana, aunque sea muy pequeña, estar mezclada con la gracia, como motivo de Dios para mostrar favor a Pedro (por ejemplo) más que a Judas? La gracia se evaporaría y sería aniquilada a partir de ese momento. Porque, como observa Agustín:

«La gracia deja de ser gracia, a menos que sea total y absolutamente independiente de

cualquier cosa en el objeto de ella, sea buena o mala».

De modo que, como añade el apóstol, si fuera posible que la elección fuera ‘*por obras*’, entonces ‘*ya no es*’ un acto de ‘*gracia*’, sino un pago, en lugar de un regalo: “*de otra manera la obra ya no es obra*”. Por un lado, las ‘*obras*’ dejan de ser consideradas como influyentes en la elección, si la elección es hija de la ‘*gracia*’. Por otro lado, la ‘*gracia*’ no tiene nada que ver en la elección, si las ‘*obras*’ tienen algo que ver. La gracia y la condicionalidad son dos opuestas incompatibles: una destruye totalmente a la otra; y no pueden subsistir juntas más de lo que dos partículas de materia pueden ocupar la misma porción individual de espacio en el mismo punto de tiempo.

Así pues, ¿cuál de estas canciones contrarias cantan ustedes (porque todo el arte y el trabajo de la humanidad, unidos, nunca podrían unir las dos canciones en una)? ¿Están a favor de quemar incienso para ustedes mismos, diciendo: «nuestra justicia y la fuerza de nuestro propio brazo nos han dado esta riqueza espiritual»? ¿O, con los ángeles y los santos en luz, depositan sus más brillantes honores al estrado del trono de Dios con: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a Tu Nombre da gloria, por Tu amorosa misericordia y por Tu fidelidad»?

Ciertamente, la elección es el acto, no del hombre, sino de Dios: fundado, simplemente, en el placer soberano y agraciado de Su propia voluntad. No es

*“por obras, para que nadie se gloríe”* (Efesios 2:9), sino únicamente de Aquel que ha dicho: *“tendré misericordia del que tendré misericordia, y me compadeceré del que me compadeceré”* (Romanos 9:15). Dios es mercedor de nosotros, no nosotros de Él: y fue Su libre albedrío, no el nuestro, lo que trazó la línea infranqueable entre los elegidos y los omitidos.

**2. El Pacto de amor de Dios** para con nosotros en Cristo es otra corriente que fluye de la fuente de la gracia inconfundible. Y aquí, como en el caso anterior, toda persona verdaderamente despierta renuncia a todo derecho a la alabanza; la aparta de sí misma, con ambas manos; y no sólo con sus manos, sino también con su corazón, mientras sus labios reconocen: «*¡no a nosotros, oh Tú, Divino y coeterno Trino, no a nosotros, sino a Tu Nombre, da gloria!*».

¿Cómo es posible que los propósitos de Dios, o que Su Pacto con respecto a nosotros, puedan estar, en cualquier aspecto, suspendidos en la voluntad o en las obras de los hombres? Dado que tanto Sus propósitos como Su Pacto fueron enmarcados, fijados y acordados por las Personas de la Trinidad, no sólo antes que existieran los hombres, sino antes que los ángeles mismos fueran creados, y antes que naciera el tiempo mismo. Todo fue una vasta eternidad cuando la gracia nos fue dada federalmente en Cristo antes que comenzara el mundo (ver 2 Timoteo 1:9). Pues bien, el apóstol, en el mismo texto donde hace la afirmación anterior, señala que el santo llamamiento con el que Dios convierte y santifica eficazmente a Su pueblo, en

el tiempo, nos es otorgado, ‘*no conforme a nuestras obras*’, sino de acuerdo con el propósito libre y la determinación eterna de Dios.

El arrepentimiento y la fe, la nueva obediencia y la perseverancia, no son condiciones de interés en el Pacto de Gracia (porque entonces sería un pacto de obras), sino consecuencias y señales de interés del Pacto:<sup>7</sup>

*“(Porque no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que permaneciera el propósito de Dios conforme a la elección, no por las obras sino por el que llama), le fue dicho: el mayor servirá al menor. Como está escrito: a Jacob amé, mas a Esaú aborrecí”* (Romanos 9:11-13).

Ahora, ya sea que consideren que este pasaje se refiere a la posteridad de Jacob y Esaú, o a los mismos Jacob y Esaú, o (lo que evidentemente es el significado que da el apóstol) que se refiere a ambos, el argumento seguirá llegando, finalmente, al mismo punto, esto es, que los consejos y determinaciones Divinas, desde

---

<sup>7</sup> (N. del E.) La palabra ‘interés’, en el contexto pactual, tuvo una gran importancia en el lenguaje de las discusiones de los siglos XVII y XVIII. Su intención era la de comunicar el derecho que se tenía sobre algo. En este entendido, el predicador está diciendo: «El arrepentimiento y la fe, la nueva obediencia y la perseverancia, no son [aspectos que nos den derecho] en el Pacto de Gracia (porque entonces sería un pacto de obras), sino consecuencias y señales de [que tenemos parte en el] Pacto», es decir, lo que nos da el derecho a pertenecer al Pacto es la gracia de Dios, no nada que nosotros hagamos; nuestras virtudes son los efectos de nuestra pertenencia al Pacto de Dios.

cualquier punto de vista que se tomen, son absolutamente independientes de las obras, porque los decretos inmanentes de Dios y las transacciones del Pacto tuvieron lugar antes que los objetos de ellos hubieran hecho bien o mal. Por supuesto, todo el bien que se obra en los hombres viene de Dios, pero como efecto de gracia, no como la causa de Su favor; y todo el mal que Dios permite (tales son Su sabiduría y Su poder) está subordinado a promover el cumplimiento de Su santísima voluntad, en lugar de interferir para obstruirla. Menciono la permisión del mal por parte de Dios sólo de manera incidental en este lugar: porque, propiamente, pertenece a otro argumento. Mi tarea actual es mostrar que el bien y las gracias que Dios obra (no de manera permisiva, sino eficaz<sup>8</sup>) en los corazones de Su pueblo del Pacto, son el fruto, no la raíz, del amor que les tiene.

**3. ¿Con quién estamos en deuda por la expiación de Cristo** y por la redención mediante Su Sangre, es decir, el perdón de los pecados? Aquí también, «*no a nosotros, Señor, no a nosotros!*». Fue Dios quien halló rescate (Job 33:24); fue Dios quien proporcionó Su propia justicia con un Cordero para el holocausto; fue Dios quien aceptó la expiación de la mano de nuestro Fiador, en lugar de la nuestra. Es Dios quien

<sup>8</sup> (N. del E.) Esto es, que el fin del plan de Dios no es el mal, sino el bien, y el mal sólo ha sido decretado por Él, en Su sabiduría, para que el bien brille más abundantemente. Por tanto, el bien Él lo obra y el mal lo permite, pero lo permite no en el entendido de que no lo decrete, sino de que no es Su fin soberano, sino sólo un aspecto temporal involucrado de forma instrumental; pero el bien lo obra en el entendido de que sin Su acción eficaz y directa no sería posible en absoluto.

libremente imparte las bendiciones de esa redención completamente consumada, para el consuelo y la restauración eterna de todos aquellos que están capacitados para confiar y gloriarse en la cruz de Cristo. Contra tales personas la justicia Divina no tiene nada que alegar: y sobre ellos, no tiene castigo que infligir. La espada de la venganza, ya envainada en la naturaleza humana sin pecado del Igual de Jehová, se convierte, para los que creen, en una cortana<sup>9</sup>, una espada de misericordia, una espada sin punta. ¡Gracias a la misericordia reconciliadora de Dios Padre y a la gracia expresada a través del derramamiento de la sangre<sup>10</sup> de nuestro Señor Jesucristo! El libre albedrío y el mérito humano no tuvieron nada que ver con el asunto, desde el principio hasta el final.

4. Así como el perdón nos exime del castigo, **la justificación** (es decir, que Dios nos acepte como perfectos cumplidores de toda la Ley) nos da derecho al Reino de los Cielos. La primera es la *papolisis*<sup>11</sup> de Dios, o pasar por alto nuestras transgresiones, como

---

<sup>9</sup> (N. del T.) Una cortana es una espada ceremonial usada en la coronación de los monarcas británicos. Su extremo es romo, sin punta ni filo, para simbolizar la clemencia. De esta manera, el autor quiere expresar que esta espada no está hecha para lastimar, sino para dar un título específico; en este caso, el título de justicia.

<sup>10</sup> (N. del T.) Literalmente, ‘gracia sangrante’.

<sup>11</sup> (N. del T.) La palabra aquí utilizada hace referencia al término griego *paresis*, que significa ‘pasar por alto, dejar ir’. Esta se encuentra en Romanos 3:25: “a quien Dios ha puesto como propiciación por la fe en Su sangre, para demostrar Su justicia, a causa de *haber pasado por alto* los pecados pasados”. Para más información, véase el término #3929 en la Concordancia Strong.

sin llevar cuenta de ellas; y el *ägeats*<sup>12</sup> de Dios, o dejarnos finalmente sin castigo. Pero la justificación (que es el concomitante inseparable del perdón) no es meramente negativa, sino que conlleva más positividad y nos exalta a un estado superior de felicidad de lo que haría el mero perdón (si fuera posible conferirlo sin justificación). Es el *okatoats*<sup>13</sup> de Dios, o el declararnos positiva y realmente como justos: no sólo inocentes, sino también rectos. San Bernardo<sup>14</sup>, en alguna parte, conserva esta distinción obvia y justa. Sus palabras, recuerdo, son que Dios es «no menos poderoso para justificar, que rico en misericordia para perdonar».

Ahora, la gran pregunta es: ¿tiene Dios derecho a toda la alabanza de este don inefable? ¿Deberíamos, como personas justificadas, cantar para alabanza y

<sup>12</sup> (N. del T.) La palabra aquí utilizada hace referencia al término griego *aphesis*, que significa ‘remisión, perdón, liberación’. Esta se encuentra, entre otros versículos, en Mateo 26:28: “porque esto es Mi sangre del Nuevo Pacto, la cual es derramada por muchos para *remisión* de los pecados”. Para más información, véase el término #859 en la Concordancia Strong.

<sup>13</sup> (N. del T.) No fue posible encontrar el término específico al que se hace referencia aquí. Sin embargo, podemos concluir que el autor habla de la dinámica del perdón del Señor, la cual es dual: quita la culpa e imputa la justicia. Resaltamos que esto es declaratorio, no experiencial, es decir, Dios nos declara perdonados y nos declara rectos, aunque todavía no seamos totalmente santos en lo que a nuestro propio carácter, pensamiento y obra respecta.

<sup>14</sup> (N. del T.) Posiblemente haga referencia a Bernardo de Claraval (1090 - 1153), monje y abad francés. Son de resaltar las fuentes de su doctrina, que se limitaban a las Sagradas Escrituras y a la tradición cristiana existente para entonces. Él creía en ‘la revelación verbal’ del texto bíblico, creencia hoy considerada errónea por la Iglesia Católica Romana. Martín Lutero y Juan Calvino lo exaltaron por esta razón.

gloria de nosotros mismos, o sólo para alabanza y gloria de Dios?

La Biblia determinará esta cuestión en un momento, y nos mostrará que el Padre, el Hijo y el Espíritu son los únicos Autores y, en consecuencia, deben recibir toda la gloria de nuestra justificación: “Dios [el Padre] es *el que los justifica*” (Romanos 8:33): es decir, quien nos acepta a la vida eterna; y esto “*gratuitamente por Su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús*”, y por la imputación de la justicia de Cristo, “*sin obras*” (Romanos 3:24, 4:6): es decir, sin ser movido a ello por ninguna consideración de las buenas obras, y sin estar reprimido de ello por ninguna consideración de las malas obras realizadas por la persona o las personas a quienes se imputa la rectitud de Cristo y que son declaradas justas como consecuencia de esa justicia imputada.

La justificación es también el acto de Dios el Hijo, en concurrencia con Su Padre. San Pablo declara expresamente que buscó ser justificado por Cristo (ver Gálatas 2:17). La segunda Persona en la Divinidad se une, como tal, en la aceptación de Su pueblo a través de ese mérito transferido que, como hombre, obró para este mismo fin. Ahora, déjeme preguntarle, ¿ayudó usted a Cristo a pagar el precio de su redención y a lograr una serie de perfecta obediencia para su justificación? Si lo hizo, tiene derecho a una parte proporcional de los elogios. Pero si Cristo obedeció, murió y resucitó sin su ayuda, se entiende evidentemente que no tiene derecho a reclamar la

menor partícula de esa alabanza, que resulta de los beneficios adquiridos y asegurados por Su obediencia, muerte y resurrección. Los beneficios mismos son todos suyos, si Él le da fe para abrazarlos, pero el honor, la gloria y la gratitud no puede atribuirselos a usted mismo sin caer en la mayor impiedad y sacrilegio.

Dios el Espíritu Santo se une para justificar a los redimidos del Señor. Somos declarativa y evidentemente justificados “*por el Espíritu de nuestro Dios*” (1 Corintios 6:11): cuyo oficio condescendiente y entrañable es revelar a un Salvador quebrantado en el corazón quebrantado de un pecador vacío, y derramar el amor justificador de Dios en el alma humana (ver Romanos 5:5). En esto, el adorable Espíritu no necesita ni recibe ninguna ayuda de los pecadores que visita. Su influencia llena de gracia es soberana, libre e independiente. No podemos controlar ni prohibir Su albedrío más de lo que podemos controlar o prohibir el brillo del sol.

La conclusión de todo esto es que: no nuestra bondad, sino la misericordia de Dios; no nuestra obediencia, sino la justicia de Cristo; no nuestra simpatía, sino la beneficencia del Espíritu Santo, deben ser agradecidas por toda nuestra justificación.

Y no es algo fácil de aprender decir de corazón: «¡No a nosotros, Señor, no a nosotros!». La justicia propia se adhiere a nosotros, tan natural y tan estrechamente como nuestra piel; ningún poder, excepto el de una

mano Todopoderosa, puede despojarnos de ella. Recuerdo un ejemplo de un clérigo, ahora vivo y eminentemente sobre muchos, por su labor y utilidad. Esta persona digna me aseguró, hace uno o dos años, que una vez visitó a un criminal que estaba condenado a muerte por un delito capital (creo que por asesinato). Mi amigo se esforzó por presentarle el mal que había cometido, para convencerlo de que estaba perdido y arruinado, a menos que Cristo lo salvara por Su Sangre, justicia y gracia. «No estoy muy preocupado por eso», respondió el malhechor moralista; «no he llevado una vida tan buena como la de algunos, pero estoy seguro de que muchos de los que han ido a Tyburn<sup>15</sup> eran hombres mucho peores que yo». Entonces, como ven, ¡un asesino puede ir a la horca confiando en su propia justicia! Y ustedes y yo debíamos haber ido al infierno, confiando en nuestra propia justicia, si Cristo no nos hubiera detenido en el camino.

Me atrevo a creer que el criminal antes mencionado, ya que estamos hablando de este tema, también se habría valorado por su libre albedrío. Libre albedrío, es cierto, lo tenía; y fue abandonado al poder de ello, y se arruinó en consecuencia. El libre albedrío ha llevado a muchos hombres a Tyburn, y (es de temer) de Tyburn al infierno: pero nunca ha llevado a una sola alma a la

---

<sup>15</sup> (N. del T.) Tyburn fue una pequeña aldea situada en el condado de Middlesex, Inglaterra. En la literatura, el nombre de ‘Tyburn’ fue universalmente utilizado para referirse a la ubicación principal de las célebres horcas que se encontraban allí, las cuales tenían un diseño particular, y que fueron empleadas a través de los siglos para ejecutar a los criminales de Londres.

santidad y al cielo. “*Oh Israel, te has destruido*”; el libre albedrío puede hacer eso por nosotros; “pero en Mí”, dice Dios, “*está tu ayuda*” (Oseas 13:9)<sup>16</sup>. Su gracia gratuita debe ser nuestro refugio y nuestro resguardo de nuestro propio libre albedrío. De lo contrario, sería mejor para nosotros que nunca hubiéramos nacido.

En pocas palabras, toda la gloria de nuestro perdón y justificación pertenece a la Trinidad y no al hombre. Es una de las joyas de la corona de Dios, inalienable de Él mismo, y la cual nunca cederá ni compartirá con ningún otro ser. Es imposible, por la misma naturaleza de las cosas, que Él alguna vez lo haga, porque ¿cómo puede alguien de la humanidad depravada ser justificado por obras (y sin ser justificados, no podemos recibir parte de la alabanza)? ¿Cómo, digo, puede cualquiera de nosotros ser justificado por nuestras propias acciones, viendo que somos totalmente incapaces de tener siquiera un buen pensamiento hasta que Dios mismo lo inspire en nuestro corazón? (ver 2 Corintios 3:5).

Permítanme observar una cosa más en este punto: a saber, que si el Espíritu de Dios los ha despojado de su propia justicia, no los ha despojado para dejarles desnudos, sino que los vestirá con “*ropas de gala*” (Zacarías 3:4). Él les dará un manto a cambio de sus harapos; la justicia de Dios a cambio de la justicia

<sup>16</sup> (N. del T.) Esta es una traducción directa de la versión en inglés King James (KJV), la cual usa el predicador.

corrupta del hombre. Realmente podrida la encontraremos (nuestra propia justicia), si la convertimos en un pilar de confianza. Diré de esto, como dice el Dr. Young<sup>17</sup> del mundo: «no se apoye en él»: no se apoye en su propia justicia; si se apoya, «le traspasará el corazón: en el mejor de los casos, una caña cascada, pero a menudo una lanza. En su punta más afilada, la paz sangra y la esperanza se agota».

La autosuficiencia es el vínculo mismo de la incredulidad. Es la infidelidad esencial y una de sus ramas más mortíferas. Ustedes son infieles si confían en su propia justicia. ¿Son ustedes cristianos? ¿Son ustedes clérigos? No, a los ojos de Dios no tienen ni parte ni suerte en el asunto. Están espiritualmente muertos, mientras fingen vivir. Hasta que no estén provistos de fe en la justicia de Cristo, sus cuerpos (como lo expresa un gran hombre) no son mejores que «el ataúd viviente de un alma muerta». Un cristiano es un creyente (no en sí mismo, sino) en Cristo. ¿Y cuál es el idioma de un creyente? «Señor, soy, en mí mismo, un pobre, arruinado, perdido pecador. Por la mano de Tu buen Espíritu sobre mí, me arrojo al pie de Tu cruz, y busco en Ti sangre que me lave, justicia para justificarme, gracia que me santifique, consuelo que me haga feliz y fuerza para mantenerme en Tus caminos».

---

<sup>17</sup> [N. del T.] Se refiere a Edward Young (1683 - 1765), un poeta, crítico, filósofo y teólogo inglés. La cita aquí mencionada hace parte de su libro *The Complaint: or Night-Thoughts on Life, Death, & Immortality*, título que puede ser traducido como *La queja: o pensamientos nocturnos sobre la vida, la muerte y la inmortalidad*. El aparte aquí incluido se encuentra en el poema *Night III*, o *Noche III*.

**5. Para la santidad**, principio interior de las buenas obras, y para las buenas obras, en sí mismas, las evidencias externas de la santidad interior, estamos en deuda sólo con la gracia y el poder del Dios Altísimo. No hacemos de Él un deudor nuestro amándolo y cumpliendo Sus mandamientos, sino que nos convertimos, además, en deudores de Él, por coronar Sus otros dones de gracia al concedernos el obrar en nosotros lo que es “*agradable delante de Él*” (Hebreos 13:21).

No digan: «según esta idea, la santificación es echada fuera y las buenas obras quedan a la deriva». Nada puede ser más palpable y flagrantemente falso. La novedad de corazón y de vida es tan esencial y constituye una parte tan vasta del esquema evangélico de la salvación que, si fuera posible que la santidad y sus frutos morales se borren realmente de la cuenta, la serie se rompería de inmediato, se disolvería y toda la estructura se convertiría en una casa de arena. Los arminianos, últimamente, han hecho un gran grito por todos lados: «¡Antinomianos! ¡Antinomianos!» Por la abundancia de experiencia, la boca es apta para hablar. Los arminianos modernos ven tanto antinomianismo real entre ellos y en sus propios hogares que el antinomianismo se ha convertido en la idea predominante y en el lema favorito del grupo. Como tienen la plaga, creen que todos los demás la poseen. Como la lepra está en sus paredes, se imaginan que no hay casa sin ella. Así: «todo parece infectado, cuando

el infectado espía: como todo parece amarillo al ojo ictérico».<sup>18</sup>

Es astuto en estas personas, debo confesar, el levantar una cortina de humo para su propia defensa; y son como algunos ladrones de carteras cuando son perseguidos de cerca, los cuales intentan deslizar el reloj o el pañuelo robado en el bolsillo de un espectador inocente para que el estafador pueda eludir la vara de la justicia. Pero, lamentablemente para ellos mismos, los arminianos no son maestros afinados de este arte. El humo que levantan forma una nube demasiado delgada para ocultarlos: y su torpe intento de desviar la acusación de antinomianismo sobre otros, fija la acusación, pero más firmemente sobre ellos mismos, sus verdaderos propietarios. El descaro declarado con el que pisotean abiertamente cierto mandamiento que dice “*No darás falso testimonio contra tu prójimo*” puede ser una muestra de la poca consideración que tienen por los otros nueve. Vaya bonitas personas, como para buscar la justificación del ‘mérito’ de sus propias obras, y valorarse por su perfecto amor a Dios y al hombre.

Con respecto a la santificación y la obediencia, verdaderamente así llamada, sólo puede fluir, y no puede dejar de fluir, de un corazón nuevo. Este corazón

---

<sup>18</sup> (N. del T.) Frase no citada de Alexander Pope (1688 - 1744), uno de los poetas ingleses más reconocidos del siglo XVIII. Esta frase se encuentra en su poema *Ensayo sobre la crítica*. Se menciona la ictericia, la cual es una coloración amarillenta de la piel y las mucosas que se produce por un aumento de bilirrubina en la sangre como resultado de ciertos trastornos hepáticos.

nuevo es obra de Dios y de la propia generosidad de Dios:

*“Quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne [un corazón blando, arrepentido y creyente]. Pondré dentro de vosotros Mi Espíritu y haré que andéis en Mis estatutos, y que cumpláis cuidadosamente Mis ordenanzas”* (Ezequiel 36:26-27).

Ahora, Dios cumple esta promesa por la obra eficaz de Su bendito Espíritu: por el fuego místico de Su albedrío, habiendo fundido nuestros corazones en una fe penitencial, Él les aplica el sello de Su propia santidad. A partir de ese momento, comenzamos a llevar la Imagen y la Inscripción de Dios en nuestro temperamento, palabras y acciones.

Esta es nuestra doctrina ‘libertina’: a saber, una doctrina que (bajo la influencia del Espíritu Santo) conforma el alma, cada vez más, a Dios. Y dirige cuidadosamente, al mismo tiempo, toda la alabanza de esta conformidad activa y pasiva a Dios mismo, de quien viene este regalo; cantando con los santos de la antigüedad: “*todas nuestras obras Tú las hiciste por nosotros*” (Isaías 26:12). Y por todas las obras así realizadas, por la voluntad de complacerle, por el esfuerzo por complacerle, por la capacidad de complacerle, y por cada acto por el cual le complacemos: “No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a Tu Nombre da gloria”.

Y, de hecho, ¿no sería esa la verdad del caso? Es decir, si la conversión, la santificación y las buenas obras no fueran dones de Dios y de Su operación, los hombres tendrían, no sólo algo, sino mucho, incluso muchísimo, para jactarse de decir que son sus propios transformadores, santificadores y salvadores. Directamente contrario al simple mensaje de la Escritura, que pregunta: “*¿Quién te distingue? ¿O qué tienes que no hayas recibido?*” (1 Corintios 4:7), a saber, de lo Alto. Y no menos contrario a la indicación bíblica: “*el que se gloría, gloríese en el Señor*” (1 Corintios 1:31).

**6. Una vez más. ¿A quién debemos agradecer por la perseverancia, en la santidad y en las buenas obras, hasta el final?** «Oh», dice un viejo fariseo, quizás, «el agradecimiento se debe a mi propia vigilancia, mi propia fidelidad, mi propia laboriosidad y mis propias mejoras». Su supuesta vigilancia responde a un muy mal propósito, si lo convierte en un mérito. Al enemigo de las almas no le importa que se mueva un poco la paja, si perece por un abierto libertinaje o por una confianza engañosa en su propia justicia imaginaria. Todo es igual para él, ya sea que se vayan al infierno con un abrigo negro o uno blanco. Es más, lo más blanco que podrán tejer será negro, y un simple sambenito<sup>19</sup> para prepararse para las llamas, si

---

<sup>19</sup> (N. del T.) El sambenito era una prenda utilizada originalmente por los penitentes católicos para mostrar público arrepentimiento por sus pecados, y más adelante por la Inquisición Española para señalar a los condenados por el tribunal, por lo que se convirtió en símbolo de la infamia.

Dios no los viste con la justicia imputada de Su bendito Hijo.

Sin embargo, dejando por el momento a los fariseos y legalistas en manos de Aquel que es el único que puede y tiene derecho a salvar o destruir, permítanme dirigirme al verdadero creyente en Cristo. Usted fue llamado, quizás, hace diez o veinte años, o más, al conocimiento de Dios, y aún se encuentra morando bajo Sus bendiciones<sup>20</sup>, y caminando con Él, su Señor; a veces desmayado, aunque siempre deseando persistir; zarandeados, mas no perdido; ocasionalmente desanimado, pero no destruido. ¿Cómo es esto posible? ¿Cómo es posible que muchos profesantes llameantes que resplandecieron durante un tiempo como luminarias del primer lustre, se apaguen, se extingan, se desvanezcan, mientras su pábilo humeante y su débil chispa de gracia continúan sobreviviendo y, a veces, brindan luz y calor? Mientras que hay bastantes que, tal vez, se han convertido como en agua que corre rápidamente, a pesar de que en algún momento parecieron arraigados como rocas y estables como columnas en la casa de Dios, ¿por qué usted permanece, aunque sea tan débil, incluso más débil que ellos? Un hijo de Dios pronto podrá responder a esta pregunta. Y él responderá así: “ayudado por el auxilio de Dios, persevero hasta el día de hoy” (Hechos 26:22). No por mi propia fuerza y poder, sino por el Espíritu del Señor de los ejércitos (ver Zacarías 4:6).

---

<sup>20</sup> (N. del T.) Literalmente, ‘bajo las gotas del santuario’.

Y Él, que le guardó hasta este día, le guardará todos sus días. Su Espíritu, que libremente da a Su pueblo, es una fuente de agua que brota, no durante un año, ni durante toda la vida solamente, sino “*para vida eterna*” (Juan 4:14). La fidelidad de Dios hacia usted es la fuente de su fidelidad a Él. Cristo ora por usted, y por eso le mantiene velando en oración. Él le protege de la caída o, cuando cae, restaura su alma y le conduce de nuevo por la senda de la justicia, por amor de Su Nombre. Él había decretado, pactado, prometido y jurado darle una corona de vida y, con este fin, no se ha comprometido ni obligado menos solemne e irrevocablemente a Sí mismo a hacerle ser fiel hasta la muerte.

«Bueno, entonces», dice un arminiano, «si estas cosas son verdad, estoy a salvo en todo caso. Puedo cruzar los brazos e incluso echarme a dormir. O si elijo levantarme y estar activo, puedo vivir como quiera». Satanás fue quien acuñó este razonamiento: y se lo ofreció, como novedoso y excelente, al Mesías, pero Cristo lo rechazó como dinero falso. “*Si eres Hijo de Dios*”, dijo el enemigo; «si en verdad eres el Mesías a quien Dios sostiene, y Su escogido, en quien Su alma se deleita, tírate de cabeza; es imposible que perezcas, haz lo que quieras: ninguna caída puede lastimarte; y Tu Padre ha prometido rotundamente que Sus ángeles te guardarán en todos Tus caminos; salta, pues,

valientemente de las almenas<sup>21</sup>, y no temas ningún mal».

La argumentación del diablo fue igualmente insolente y absurda, desde todos los puntos de vista. Razonó, no como una serpiente en sus cabales, sino como una serpiente cuya cabeza estaba herida (ver Génesis 3:15), y que no tenía más entendimiento que modestia. Cristo silenció este montón de paja con una sola frase: “*no tentarás al Señor tu Dios*” (Mateo 4:7). Eso dijo el Mesías, y eso decimos nosotros. Y esto es respuesta suficiente a una cavilación cuya irracionalidad palpable cortaría su propio cuello, sin la ayuda de ninguna respuesta.

Los hijos de Dios se alegrarían mucho si pudieran ‘vivir como quisieran’. ¿Por qué? Porque es la voluntad, el anhelo, el deseo de un alma renovada (es decir, del nuevo hombre, o de la parte regenerada del creyente; porque el viejo Adán nunca fue un santo, ni lo será); es, digo, la voluntad y el deseo de un alma renovada, agradar a Dios en todas las cosas y no pecar nunca, en ninguna ocasión ni en ningún grado. Este es el estado al que aspiran nuestros gemidos, y en el cual nos ‘alistamos’ para caminar (¿admitiría la imperfección de la naturaleza humana tal felicidad en

<sup>21</sup> (N. del T.) Una almena es cada uno de los bloques que coronan los muros de las antiguas fortalezas para resguardarse en ellas los defensores. En Mateo 4:5 y en Lucas 4:9, en la versión Reina-Valera de la Sociedad Bíblica Trinitaria (RV-SBT), la palabra utilizada para este suceso es *pináculo*, que refiere la parte más alta de un edificio o templo, significando también un remate arquitectónico que cumple una doble función: estética y estructural.

un estado inferior?). Porque toda persona verdaderamente regenerada puede unirse sinceramente al apóstol Pablo al decir: “*yo mismo con la mente sirvo a la Ley de Dios*” (Romanos 7:25), y desearía poder cumplirla de una mejor manera.

La preservación de Dios es la perseverancia del buen hombre. “*Él guarda los pies de Sus santos*” (1 Samuel 2:9). El arminianismo representa al Espíritu de Dios como si actuara como el guardia de un carro que ve a los pasajeros a salvo fuera de la ciudad por unos pocos kilómetros, y luego, haciendo su reverencia, se da la vuelta y los deja para que sigan ellos mismos el resto del viaje. Pero la gracia Divina no trata así a los viajeros de Dios. Esta los acompaña hasta el final de su viaje, y eternamente. Así el más humilde peregrino a Sion puede clamar, con David, en plena certeza de fe: “*Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del Señor moraré por largos días*” (Salmo 23:6). Por lo tanto, por la preservación de la gracia, “no a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a Tu Nombre da gloria, por Tu misericordia, por Tu fidelidad”.

**7. Después que Dios haya guiado a Su pueblo por el desierto de la vida y lo haya llevado a la orilla del río que se encuentra entre ellos y el Canaán celestial, ¿interrumpirá Su cuidado de ellos en ese punto de más profunda necesidad? ¡No! Bendito sea Su Nombre. Por el contrario, Él (**siempre con seguridad y, en general, confortablemente**) los escolta hasta el**

**otro lado;** a esa buena tierra que está muy lejos, a aquella buena región montañosa y el Líbano.<sup>22</sup>

Lo sé, hay algunos arminianos enardecidos que nos dicen que «un hombre puede perseverar hasta que llegue a morir, y sin embargo perecer casi en el mismo punto de la muerte»: e ilustran esta doctrina miserable, deshonrosa y estremecedora de Dios con el símil de «un barco que se hunde en la entrada del puerto».

Es muy cierto que algunas barcas de madera han perecido, pero no es menos cierto que las barcas elegidas por Dios están infaliblemente a salvo de perecer así. Porque, por Su bondad, cada una de ellas está asegurada por Aquel a quien los vientos y los mares, tanto literal como metafóricamente, obedecen. Y su Agente Asegurador ejecuta esto:

*“Cuando pases por las aguas, Yo estaré contigo, y si por los ríos, no te anegarán”* (Isaías 43:2).

*“Volverán los rescatados del Señor, entrarán en Sión con gritos de júbilo, con alegría eterna sobre sus cabezas”* (Isaías 35:10); lejos de vacilar cuando la tierra esté a la vista.

Incluso un padre terrenal es particularmente cuidadoso y tierno con un hijo moribundo; y, seguramente, cuando los hijos de Dios se encuentren

---

<sup>22</sup> (N. del E.) Ver Deuteronomio 3:25.

en esa situación, Él (hablando a la manera de los hombres) será doblemente misericordioso con Su descendencia indefensa, que es Suya por elección, por adopción, por Pacto, por redención, por regeneración y por otros mil vínculos indisolubles.

No hay vestigios de naufragios ni restos de embarcaciones perdidas flotando sobre ese mar que fluye entre la Jerusalén de Dios abajo y la Jerusalén que está arriba. El excelente Dr. William Gouge<sup>23</sup> tiene una observación satisfactoria para este punto:

«Si un hombre fuera arrojado a un río, deberíamos considerar que está a salvo mientras sea capaz de mantener la cabeza fuera del agua. La Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, es arrojada al mar del mundo [*y, después, al mar de la muerte*]; y Cristo, su Cabeza, se mantiene en lo alto, hasta el cielo. ¿Existe, entonces, algún temor o posibilidad de que un miembro de este Cuerpo se ahogue? Si alguien debe ahogarse, entonces, o Cristo mismo debe ahogarse primero, o ese miembro debe ser separado de Cristo: ambos casos son imposibles. En virtud, por tanto, de esta unión, vemos que de la seguridad de Cristo, la nuestra depende. Si Él

---

<sup>23</sup> (N. del T.) William Gouge (1575 - 1653) fue un teólogo y autor puritano inglés. Fue ministro y predicador, y miembro de la Asamblea de Westminster desde 1643, siendo nombrado en 1644 como presidente del comité creado para redactar la Confesión de Fe de Westminster. Entre sus obras notables se encuentra *Of Domesticall Duties* (1622), título que se puede traducir como *Acerca de los deberes domésticos*, un texto popular de su época que hablaba sobre la vida familiar.

está a salvo, nosotros también. Si perecemos, Él también debe hacerlo».

Bien, por lo tanto, que los creyentes moribundos canten: «¡no a nosotros, oh Señor, sino a Tu Nombre da gloria! Tu misericordia nos lleva cuando no podemos ir, y por Tu fidelidad nos salvarás hasta el final, sin que ninguno se pierda».

**8. Cuando el alma emancipada llegue realmente a la gloria, ¿qué canción cantará entonces?** El significado del texto seguirá siendo el lenguaje de los cielos: «no a nosotros, oh Señor, no a nosotros, sino a Tu Nombre da la alabanza».

Mientras estemos en la tierra, necesitamos esa notable advertencia que Moisés le dio a los hijos de Israel:

*“No digas en tu corazón cuando el Señor tu Dios los haya echado de delante de ti: «por mi justicia el Señor me ha hecho entrar para poseer esta tierra (...) No es por tu justicia ni por la rectitud de tu corazón que vas a poseer su tierra (...) Comprende, pues, que no es por tu justicia que el Señor tu Dios te da esta buena tierra para poseerla, pues eres un pueblo de dura cerviz”* (Deuteronomio 9:4-6).

Ahora bien, si la Canaán terrenal, que era sólo una herencia transitoria, era inalcanzable por mérito humano; si ni siquiera las posesiones mundanas nos

son dadas por nuestra propia justicia; ¡¿quién se atreverá a decir que el cielo mismo es la compra de nuestra propia justicia?! Si nuestras obras no pueden ni aun merecer las efímeras comodidades y provisiones temporales, ¿cómo es posible que podamos ser dignos de las riquezas infinitas de la eternidad? No necesitaremos advertencias contra la justicia propia cuando lleguemos a salvo a ese mejor país. El lenguaje de nuestros corazones y de nuestras voces será este, y los ángeles se unirán al concierto, y todos los elegidos, ángeles y hombres, tocarán por los siglos de los siglos sus arpas en este tono: «no a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a Tu Nombre da la gloria, por Tu amorosa misericordia, y por Tu gran fidelidad».

¡Oh, que el sentimiento de esa amorosa misericordia y fidelidad se experimente, cálida y transformadoramente, en nuestros corazones! Porque en verdad, mis queridos hermanos, esta es la experiencia del poder de Dios sentido en el alma que hace del Evangelio olor de vida para vida. Aunque el propósito de Dios es firme como Su trono; a pesar que toda la justicia y redención de Cristo está consumada y completa, como podría hacerlo un Agente Divino y todopoderoso; pese a que estoy convencido que Dios siempre será fiel a toda alma a la que haya llamado de las tinieblas a Su luz maravillosa; y aunque nadie puede arrebatar al pueblo de Cristo de Sus manos; aun así, no estoy menos seguro de que debe estar el sentimiento de todo esto, es decir, una percepción forjada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos dará a ustedes y a mí el consuelo de los

decretos de gracia del Padre, y de la consumación de la obra del Mesías.

Sé que está muy de moda hablar en contra de los sentimientos espirituales. Pero no me atrevo a unirme a este clamor. Al contrario, adopto la oración del apóstol, para que nuestro amor a Dios y las manifestaciones de Su amor por nosotros abunden cada vez más «en conocimiento y en todo sentimiento» (Filipenses 1:9).<sup>24</sup> Y no es un deseo fanático, hablando por ustedes y por mí, que seamos del número de esas ‘personas piadosas’ quienes, como nuestra iglesia justamente lo expresa, «sienten en sí mismas la operación del Espíritu de Cristo, mortificando las obras de la carne, y elevando sus mentes a las cosas altas y celestiales»<sup>25</sup>. De hecho, la gran empresa del Espíritu de Dios es elevar y hacer descender: elevar nuestros afectos hacia Cristo y hacer descender las inescrutables riquezas de la gracia en nuestros corazones. El conocimiento de esto y el ferviente deseo por esto son todos los sentimientos que suplico. Y, por estos sentimientos, deseo siempre suplicar, convencido como estoy de que, sin alguna experiencia

<sup>24</sup> (N. del T.) Se ha traducido tal cual aparecía en el texto.

<sup>25</sup> (N. del T.) Esta es una cita del *Libro de Oración Común* de la Iglesia de Inglaterra, de su capítulo *Artículos de religión*, los cuales fueron convenidos por los arzobispos y obispos de todo el clero en el Sínodo celebrado en Londres en 1562. Esto tuvo como fin el evitar la diversidad de opiniones y robustecer el común acuerdo sobre la religión verdadera, lo cual conllevó, finalmente, a muchas discordias. Esta cita pertenece a la sección XVII. *De la predestinación y elección*. Cuando el autor habla de ‘nuestra iglesia’, no se refiere a la Iglesia Universal, sino a esta, también conocida como la Iglesia Anglicana, de la que Toplady era parte.

y disfrute de ellos, no podemos ser felices, ni en la vida ni en la muerte.

Permítanme preguntarles, por así decirlo, a uno por uno: ¿ha comenzado el Espíritu Santo a revelar estas cosas profundas de Dios en su alma? Si es así, dele la gloria por ello. Y ya que usted valora la comunión con Él, y valora los consuelos del Espíritu Santo, esfuércese por ser hallado en el camino de Dios, incluso en el elevado camino de la fe humilde y el amor obediente: sentado a los pies de Cristo y deseoso de absorber esas manifestaciones dulces, deslumbrantes y santificantes de la gracia, que son a la vez una señal certera y una preparación para el cielo consumado cuando llegue el momento de su muerte. ¡Dios no quiera que pensemos a la ligera en los sentimientos religiosos! Porque, si en algún grado no nos sentimos pecadores, ni sentimos que Cristo es precioso, dudo que el Espíritu de Dios haya obrado alguna vez de manera salvadora en nuestras almas.

Es más, lejos de estar estáticos en esto, nuestros deseos de sentir la presencia de Dios en el interior deben agrandarse continuamente cuanto más nos acercamos al final de nuestro peregrinaje terrenal: y parecerse a la expansión progresiva de un río que, por más angosto y estrecho que sea cuando comienza a fluir, nunca deja de ensancharse y aumentar en proporción a medida que se acerca al océano en el que desemboca.

¡Que Dios nos dé una marea viva de gracia de Su Espíritu para llenar nuestros sedientos canales, para aumentar nuestro escaso arroyo y para acelerar nuestro lágido curso! Si este no es nuestro clamor, es señal de que la obra de la gracia aún no ha comenzado en nosotros; o que, en efecto, tiene un bajo nivel de agua, y se ha descolorido con ese sedimento que tiende a deshonrar a Dios, a eclipsar la gloria del Evangelio y a esparcir nubes y tinieblas sobre nuestras almas.

Algunos cristianos son como señales deterioradas. Es cierto que están en el camino correcto, y contienen algunos calcos de la impresión adecuada, pero están tan miserablemente mutiladas y desfiguradas que quienes pasan apenas pueden leer o saber qué hacer con ellas. Que el bendito Espíritu de Dios haga que todos nuestros corazones, esta mañana, experimenten una fresca impresión; ¡y condescienda con nosotros con una nueva edición de nuestras evidencias para el cielo! ¡Oh, que lluvias de bendición desciendan sobre ustedes, desde arriba! ¡Ojalá vean que Cristo y la gracia de Dios en Él lo son todo! ¡Mientras estén en la tierra, que siempre le atribuyan a Él toda la gloria! Y estoy seguro de que, cuando vengan al cielo, nunca la atribuirán a nadie más.



# bēmatos

Esta es nuestra primera línea editorial. Su nombre es la transliteración al español de la palabra griega *βηματος*, la cual se encuentra en Nehemías 8:4 en la versión Septuaginta LXX (traducción al griego koiné del Antiguo Testamento), y la cual es traducida al español en la RVR09 por la palabra ‘púlpito’ [“*Y el escriba Esdras estaba sobre un púlpito de madera que habían hecho para ello...*”]. Esta línea editorial, por lo tanto, reunirá todos los sermones que traduzcamos.

Nuestro proyecto *POR FE Y PARA FE* comenzó siendo, de hecho, el deseo de reproducir principalmente sermones al español, pues, al fin y al cabo, agradó a Dios salvar y edificar a los creyentes por la locura de la predicación. Hemos visto una riqueza expositiva particular en algunos siervos del Señor del pasado, la cual se encuentra vedada al entendimiento de hermanos de habla hispana que por las limitaciones del lenguaje no pueden acceder a ella. Creemos que tenemos mucho por aprender de ellos todavía, y estamos seguros de que el Señor aún utiliza sus esfuerzos espirituales del pasado para edificación y salvación. Por lo tanto, *bēmatos* es nuestro interés de que Cristo siga siendo proclamado en nuestro tiempo y en nuestro idioma por la sabiduría, gracia y testimonio de Sus siervos en el pasado.

*“A Su debido tiempo [Dios] manifestó Su Palabra por la predicación” ~Tito 1:3*



# **Bosquejo**

- 1. Introducción (pág. 1)**
- 2. Elección (pág. 12)**
- 3. El pacto de amor de Dios (pág. 15)**
- 4. La expiación de Cristo (pág. 17)**
- 5. La justificación (pág. 18)**
- 6. La santidad (pág. 25)**
- 7. La perseverancia (pág. 28)**
- 8. La muerte (pág. 32)**
- 9. La gloria (pág. 35)**
- 10. bēmatos (pág. 41).**



Hemos realizado una traducción íntegra, inalterada y lo más fielmente posible del

presente texto, sin agregar, sustraer o cambiar algo de su contenido original.

Aunque esto presupone cierta adhesión nuestra a la esencia de la posición del autor, no significa *necesariamente* que estemos, todas las veces, vinculados por completo con todas y cada una de las posiciones doctrinales del autor en general o con las aquí mencionadas por él.

Nos reservamos el derecho de aclarar y argumentar cualquier diferencia nuestra.

### **Por fe y para fe**

### ***Persistiendo en la Verdad aprendida en la Escritura***

El principal objetivo de este proyecto editorial es la gloria de Dios a través de la edificación de Su Iglesia y la salvación de los pecadores por medio de la divulgación de material de sana doctrina que pueda ser "*útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra*". Nos esforzamos en hacer el trabajo más excelente que podamos de forma integral, pues reconocemos que en cada aspecto podemos y debemos glorificar a nuestro Dios.

Persistimos en la Verdad que hemos aprendido (por la gracia de Dios), sabiendo de Quién la hemos aprendido y a Quién hemos creído.

Nuestro grito sigue siendo el grito antiguo: *iSola Scriptura, Sola Gratia, Solus Christus, Sola Fide, Soli Deo Gloria!*





# AUGUSTUS TOPLADY



Nació en Farnham, Inglaterra, el 7 de noviembre de 1740. Su padre, un oficial del Cuerpo de Marines Reales, falleció en una campaña militar cuando Augustus tenía apenas dos años. Su madre, Catherine, se hizo cargo de la crianza del infante. En 1755, Augustus y su madre se mudaron a Irlanda, y el joven de 14 años fue inscrito en el Trinity College de Dublín. Fue convertido durante su primer año de universidad, después de escuchar un sermón predicado por un seguidor de John Wesley. Él mismo compartió inicialmente las posturas arminianas de Wesley. Tres años más tarde, en 1758, la lectura de un sermón con base en Juan 17 del puritano Thomas Manton y la Confesión de la Religión Cristiana de Girolamo Zanchi convencieron a Toplady de que el calvinismo era la postura más bíblica y, por tanto, correcta.

Entre 1762 y 1768 ejerció diversos cargos religiosos en la Iglesia de Inglaterra, sirviendo finalmente como vicario de Broadhembury desde 1768 hasta su muerte por tuberculosis en 1778, a sus 37 años.

Es recordado por la autoría del himno *Rock of Ages* (Roca de la eternidad). Y, de hecho, fue uno de los escritores calvinistas más reconocidos, publicando importantes traducciones y estudios profundos para reivindicar la doctrina de la predestinación desde la perspectiva bíblica e histórica.

*"Me atrevo a decir que ninguno de sus contemporáneos lo superó, y casi ninguno lo igualó. Fue un hombre de gracia y dones raros, y dejó una huella muy profunda en su propia generación".*

-J.C. Ryle